

## Hijos de Ápate. Breve filosofía de la verdad, la posverdad y la mentira

Autor / Author

Gęscinska, Alicja

Editorial / Publishing company

Siruela, Madrid 2021

La autora (poco conocida en España) tiene la virtud de ponerse en juego desde el inicio de su breve pero sustancioso ensayo: se trata de emprender un camino moral, no teórico. Confiesa, como san Agustín en sus *Confesiones*, que hay dos temas filosóficos que le «infunden un respeto reverencial. Uno es el tiempo, y el otro, la verdad» (p. 15). A partir de esta primera declaración, queda claro que su reflexión se encamina a explicitar las razones que subyacen a la propia «noción intuitiva» del segundo. Y por dos razones de urgencia: su trascendencia filosófica imperecedera y la relevancia en el momento actual: «Sería difícil encontrar a alguien que no otorgue valor a la verdad en su vida personal o en el contexto social del que forme parte» (p. 17). Pero ser capaz de dar razones de ese valor requiere un esfuerzo. Gęscinska destila en estas páginas (poco más de un centenar en un formato muy cómodo de bolsillo) los resultados de su camino personal. He incidido en que este librito ofrece con argumentos críticos un ejercicio moral porque, como señalará en el epílogo:

Más que de la era de la posverdad, tal vez sería más adecuado hablar de la era de la *posveracidad*. Para empezar a pensar en términos de posibles soluciones, primero debemos tonar conciencia de la dimensión moral de la crisis en que está sumido el discurso político. [...] El reto al que nos enfrentamos no es epistemológico —pues no se trata de dirimir la cuestión de cómo se alcanza el auténtico conocimiento—, sino ético (p. 101).

Pero antes de llegar a su propuesta final, hemos de recorrer de su mano el camino que nos propone en cuatro capítulos. El primero, «Una era de Ápate», describe la época de la posverdad y el posmodernismo en que nos hallamos. Elabora después una «Anatomía de la mentira» para poder pasar en el tercer capítulo al análisis (moral) de las «Dimensiones de la veracidad» y en el cuarto a considerar la relación entre «Libertad y sumisión», con el fin de comprender la relevancia de la verdad en el discurso político.

Expone con claridad en el primero que el problema de la devaluación de la verdad en el contexto sociopolítico actual no es una cuestión epistemológica sino, sobre todo, moral, pero que ha llevado a una degradación del concepto cuyas consecuencias en el debate político son evidentes. Citando a Kakutani, resume que «nuestra era se caracteriza por el declive de la razón y el auge del subjetivismo exacerbado, lo cual, en combinación con el populismo rampante y la propaganda política, tiene como consecuencia última la extinción de la verdad» (p. 20). Sin ser tan pesimistas — resume —, ya en la antigua Grecia consideraron que al abrir Pandora su famosa caja y quedar libre la diosa Ápate «el embuste, la falacia y la impostura entraron a formar parte del mundo» (p. 21). Una especie de pecado original del que no nos libramos tan fácilmente si no es por medio de un ejercicio moral para poner en práctica nuestra racionalidad.

Para comprender mejor el clima de la política actual y el proceso de devaluación de la verdad concluye este capítulo enumerando algunos de los factores que habría que tener en cuenta como «las circunstancias geopolíticas, la anemia de los partidos políticos tradicionales (especialmente los moderados), la globalización, la comercialización e infantilización del proceso político, la cultura de las *celebrities*, el papel de las redes sociales en el debate social...» (p. 34). Pero explica un poco más otros como «el fin de la autoridad del experto», «los defectos intrínsecos de la democracia liberal» o el hecho de que «el hombre miente por la sencilla razón de que mentir suele ser rentable» (pp. 34-37).

En el capítulo segundo, «Anatomía de la mentira» (pp. 39-60), podemos leer una estupenda síntesis de la cuestión moral en relación con la verdad. O, dicho de otro modo, los vínculos y diferencias entre verdad, mentira y engaño. Recuerda los tres enfoques generales desde los que la filosofía afronta la cuestión de la verdad: como correspondencia, como coherencia o en clave pragmática. Pero está claro que la relación personal con la verdad o la mentira no se explica solo desde ninguna de estas tres vertientes. «Más que la falta de verdad, la propiedad fundamental de la mentira es la falta de veracidad» (p. 45), lo que nos lleva a la consideración clásica de que mentir implica, más allá de la coherencia o no de la información facilitada, la voluntad de engañar.

En una definición provisional de la mentira, establece (cfr. p. 51) dos elementos claros: hacer una afirmación y la intención de engañar. Tras un análisis detallado de la relación del engaño con la moralidad, añade a esos dos un tercer componente: que el transmisor del mensaje esté convencido de la falsedad de la información (cfr. p. 54). El engaño puede producirse hacia otros o con uno mismo, por lo que es imprescindible en la reflexión analizar cómo nace la intención de engañar o manipular a otros...

Con ello llegamos finalmente a una definición de la mentira con cinco componentes: la mentira se caracteriza por (1) la intención de engañar y manipular por medio de (2) una afirmación (3) de cuya falsedad está convencido el transmisor del mensaje; el engaño puede ir dirigido (4) a otros o a uno mismo y (5) desde un punto de vista ético, la afirmación utilizada puede ser inmoral, neutral o moral (p. 58).

Y es que lo que determina que podamos hablar de mentira es esa voluntad de engañar, por lo que mentira y falsedad no son sinónimos: «La característica esencial de la mentira no es su

discordancia con la realidad factual, sino la intención con que se realice la afirmación en cuestión» (p. 59). Lo que permite concluir que «no todas las mentiras son censurables, mientras que la veracidad, en general, se puede calificar de cualidad ética digna de elogio y, en algunos casos, incluso puede llegar a ser una virtud crucial» (p. 60).

Llega la autora así al capítulo tercero, sobre las dimensiones de la veracidad, que a mi juicio encierra el núcleo teórico más importante de su ensayo: sin tener en cuenta la dimensión teleológica del sujeto (y por lo tanto de su acción), no podemos hacer una defensa clara de la relevancia moral de la veracidad en la realización personal y en la construcción de una sociedad más libre y justa. Va a entretener un diseño moral en el que tendrán cabida desde filósofos clásicos como Aristóteles o san Agustín, hasta contemporáneos como Lévinas o Marcel, o más actuales como Nussbaum o Taylor. Sin duda, como señala al inicio del capítulo (cfr. p. 61), la veracidad constituye una llamativa laguna en el canon de la filosofía. Pero, a mi juicio, falta un adjetivo en esta afirmación: moderna. Desde que se ha dejado de lado el papel de las virtudes en la vida moral y se ha relegado todo a la cuestión más o menos formal del conocimiento racional por un lado, y al pragmatismo de los resultados por otro, se ha perdido el foco de la relación sapiencial del ser humano con el mundo que le rodea y con los demás. Viene así el ensayo de Gescinska, a mi juicio, a enlazar desde la cuestión de la verdad con la recuperación de la ética de las virtudes que en las últimas décadas ha iluminado la filosofía moral.

Distingue en la veracidad dos dimensiones: externa, a la que adjudica el nombre sinceridad, e interna, o autenticidad (cfr. p. 63) —que, por lo demás, es una distinción clásica en el ejercicio de las virtudes, pues por medio de su vivencia el sujeto hace un bien y se hace bien.

El desarrollo personal y la autenticidad son nociones que requieren tener muy claro quién eres, qué eres y qué cosas son importantes para ti y para los demás. No se trata de especulación metafísica sobre la existencia de un yo teleológico, sino de sentido común y capacidad de raciocinio. El hecho de que el yo no se pueda meter en un escáner ni medir con aparatos científicos no significa que el concepto carezca de sentido o que no podamos autoengañarnos en mayor o menor medida (p. 67).

Este punto de sentido común en la reflexión aporta una base muy importante para esclarecer en la segunda parte del capítulo «el valor de la veracidad». Es ahí donde vamos a encontrar el mayor número de referencias a autores de diversas épocas. Sin decirlo de forma explícita, de su análisis queda patente que los mejores resultados (en lo personal y en lo social) no vienen de un enfoque pragmatista, sino, todo lo contrario, de una búsqueda real del bien. Cuando no hay sinceridad —afirma—, además de tener una percepción distorsionada de la realidad y de no contar con la belleza del comportamiento moral de los otros, se horada de forma grave la confianza:

Quando alguien nos miente y descubrimos la mentira, tanto nuestra confianza en los demás como nuestra confianza en nosotros mismo sufre un duro golpe. [...] Ese tipo de experiencias debilitan la cohesión social, y cuantas más situaciones similares se produzcan, más frágiles serán los vínculos entre los miem-

bros de un grupo. La sinceridad es esencial para el correcto funcionamiento de una sociedad. Si no podemos confiar en la sinceridad de los demás, la vida en sociedad es imposible (p. 71).

En el capítulo cuarto, «Libertad y sumisión» (pp. 79-99), tras haber establecido la importancia de la veracidad y la autenticidad como condiciones para una vida personal y social plenas, analiza la relación con la libertad: ser libre es condición y fruto de la vida en la verdad, porque «allí donde triunfa la mentira, agoniza la libertad» (p. 79). Para ello expone los tres tipos de libertad que distinguen los filósofos, sin entrar en polémica con ninguno, porque a su juicio no se puede dirimir cuál es el único válido, pero sí «mostrar el efecto opresor de la mentira» (p. 87) para todas las ideas de libertad. Concluye este análisis de la mano de Wojtyła y su pensamiento fenomenológico:

La libertad consta de tres elementos: la autodeterminación, el autodomio y la autorrealización. Solo cuando se alcanza la autorrealización se puede hablar de auténtica libertad. El perfeccionamiento de la libertad coincide con el perfeccionamiento del individuo, y la veracidad —saber quién eres, saber lo que quieres y poder actuar en consecuencia— es un requisito esencial para alcanzar ese estado. «Alcanzar la libertad en veracidad equivale a realizarte como persona» (p. 91).

Creo que reviste particular interés el apunte sobre las graves consecuencias que tiene para la democracia un modo de hacer política en el que los ciudadanos han llegado a dar por sentado que los políticos funcionan de manera inauténtica y carecen de sinceridad. Y, peor aún, una sociedad en la que los políticos socavan la armonía social adoptando como forma de interacción el conflicto: «Y cuando lo que define la interacción social es el conflicto, en vez de la armonía, perecen infinidad de libertades sociales y políticas» (p. 95).

Cuando en su epílogo apuesta por la filosofía como remedio, no está haciendo una declaración voluntarista ni una apuesta platónica, sino una reivindicación del tono moral como eje de la vida personal y social.

No solo debe preocuparnos la desinformación propiamente dicha, sino, sobre todo, las malas intenciones con que se difunde. Por eso, no basta con aspirar a la verdad. La veracidad es mucho más importante. La verdad es una propiedad de una afirmación, una cualidad que dice algo sobre la relación entre lo que se afirma y la realidad, pero no tiene nada que ver con las intenciones del transmisor del mensaje. La cualidad que define las intenciones del hablante es la veracidad. Para combatir la mentira en la política, por tanto, hay que empezar por darle más valor a la veracidad. Crear un clima de mayor veracidad en el debate público y político es tal vez el reto más importante de la democracia moderna (p. 102). ■

**AGEJAS ESTEBAN, José Ángel**

Universidad Francisco de Vitoria